

Fue en un sitio de esta zona, al este de la estatua, donde 72 personas indocumentadas fueron asesinadas en un rancho de San Fernando, Tamaulipas.

Pedro Pantoja suele decir que México es un cementerio de migrantes. Y tal vez tenga razón, porque los secuestros y asesinatos de personas indocumentadas no cesan.

Pero tampoco se apaga la luz de esperanza que representa el sacerdote jesuita y otros que, como él, diariamente se meten al infierno para arrancar de los criminales a sus víctimas.

En la frontera norte el gobierno de Estados Unidos levanta muros para tratar de impedir el flujo de personas. Del otro lado, en México, las puertas de los albergues siempre están abiertas para recibirlos.

A pesar de todo, dice Pantoja. “Si alguien pensó que la violencia, asesinatos y amenazas serían como un ejemplo de lo que nos podría pasar, se equivocó”, asegura. “Fue al revés. Ni a mí ni a nadie del equipo nos creó una barrera, un obstáculo que nos amedrente”.

LAS VOCES DE LA GUERRA

Daniela Pastrana

Daniela Pastrana es periodista independiente, especializada en derechos humanos, movimientos sociales y política social. Trabajó en los diarios Reforma, La Jornada y El Centro. Actualmente colabora en periódicos y revistas de España, Brasil y El Salvador, y es corresponsal para la agencia Inter Press Service (IPS), con sede regional en Uruguay.

Es coautora de los libros Vamos a portarnos mal. La protesta social en América Latina (Fundación Friedrich Ebert, 2011), Horas Infaustas. La tragedia del News Divine (Ririki, 2009) y del manual de periodismo Escrito sin d. Sugerencias para un periodismo sin etiquetas (Conapred, 2010).

Ha sido becaria de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y de la Fundación Prensa y Democracia. Es profesora de crónica y reportaje en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García y ha sido jurado de la beca para periodistas que otorga el Programa Prensa y Democracia de la Universidad Iberoamericana. Desde 2006 participa, junto con otras colegas, en el sueño colectivo de la Red de Periodistas de a Pie, del que es secretaria ejecutiva.

Nepomuceno Moreno Núñez llevaba 310 días buscando a su hijo Jorge Mario cuando supo que en el estado de Morelos, a unos mil 900 kilómetros al sur de su casa, había un poeta que pedía justicia para su hijo asesinado.

Era el 5 de mayo de 2011. El sonorenses de 56 años, vendedor de camarones, vio en la televisión a un hombre de sombrero, lentes y chamarra de borrego, llamado Javier Sicilia, que caminaba hacia la ciudad de México acompañado de unas doscientas personas lastimadas por la violencia.

En un ciber consiguió ayuda para escribir a la Red por la Paz y la Justicia, organización ciudadana que se gestaba en Morelos, y pedir informes de la ruta que seguirían los caminantes. Pidió prestado para comprar un boleto a la capital del país. No consiguió para el pasaje de regreso. Se sumó a la caminata al día siguiente, en Topilejo, ya en el perímetro de la capital. Para entonces, la marcha sumaba a unas mil

personas. A la cabeza iban el poeta Sicilia y Julián Le Barón, líder de la comunidad mormona que lleva el nombre de su familia, en Chihuahua, y que perdió a cinco de sus miembros por enfrentarse a los grupos criminales de la región.

En la mañana del 7 de mayo, Nepomuceno deambulaba solo en medio del descampado que alojó a los caminantes. Cargaba como estandarte una cartulina con las fotografías de cuatro jóvenes. Bajo su chamarra guardaba un sobre amarillo con más imágenes y el expediente de su hijo, Jorge Mario Moreno León, de 18 años, desaparecido desde el 1 de julio de 2010, junto con dos de sus amigos: José Francisco Mercado Ortega y Giovanni Otero. Mario Enrique Díaz, el cuarto joven del cartel, fue asesinado.

Ésta fue la historia que contó: el 30 de junio de 2010, Jorge Mario salió con sus amigos a divertirse a Ciudad Obregón, a unos 250 kilómetros de su casa en Hermosillo, Sonora. Fue la última vez que lo vio vivo. Después de eso, sólo escuchó su voz: “Apá, nos correteó la policía, no sé dónde están los demás muchachos, aquí estoy en un oxo”, le dijo la madrugada del 1 de julio, cuando le llamó y le explicó que un automóvil los interceptó al salir de un antro. Los jóvenes corrieron al monte. En su huida, Jorge Mario encontró una tienda y una muchacha le regaló saldo para hablar a su casa.

“No te muevas de ahí, voy a mandar a un amigo de Guaymas a que te recoja”, le dijo el padre. Pero no hubo tiempo. Mientras hablaba con su hermana, Jorge Mario advirtió: “¡ya vienen por mí!” y cortó la llamada. Nepomuceno volvió a marcar, desesperado. Después de varios intentos le contestó un hombre. “Aquí las preguntas las hacemos nosotros, somos

policías municipales. Estos muchachos andan muy mal, son de los Beltrán Leyva. Y a uno que andamos buscando es hijo del Dosmil, un mafioso que andaba con los Zetas”, le dijo. El comerciante trató de explicar que era un error, que uno de los jóvenes era hijo del doctor Díaz, director de salud municipal de Hermosillo, que otro era hijo de Don Goyo, taquero en la universidad. “Hagamos una cosa —interrumpió el hombre—. Denos 30 mil pesos y los soltamos”.

“Conseguí el dinero y les hablé”, cuenta Nepomuceno. “Me dijeron que esperaban a un comandante y me pasaron a mi hijo. Me dijo: ‘Estoy bien acá, no te mortifiques, dile a mi amá que estoy bien, que ahí le caigo a Hermosillo más tarde’. Me quedé tranquilo y le hablé a mi esposa. Pero nunca me volvieron a contestar”.

El vendedor de camarones se convirtió en detective. Se manifestó frente al Palacio de Gobierno, denunció ante la prensa. Consiguió el registro del teléfono de su hijo y así supo que la última llamada recibida en su celular, a las 10:18 horas del 1 de julio, fue desde la procuraduría del estado. Pero nadie le hizo caso.

Esa mañana fría en Topilejo, Nepo, me contó que todavía, después de 9 meses de silencio, marcaba al celular de su hijo, con la esperanza de que le contestara.

LA PRIMERA CAMINATA

El 28 de marzo de 2011 fue localizado en Temixco, Morelos, el cuerpo de Juan Francisco Sicilia, de 24 años, y otras seis personas. Según la policía, los mataron por reclamar una cámara perdida

en un bar protegido por el cártel del Pacífico Sur, una de las ocho organizaciones criminales más poderosas de México. Javier Sicilia —colaborador del semanario Proceso— estaba en Filipinas, a donde fue a leer poesía. Ahí se enteró de la muerte de su hijo Juanelo.

Su asesinato se sumó a otros 40 mil que, para el quinto año de gobierno de Felipe Calderón, eran el saldo más visible de la “guerra frontal contra el crimen organizado” declarada por el presidente en diciembre de 2006.

Sicilia, un hombre profundamente católico y muy identificado ideológicamente con los movimientos sociales y el zapatismo, cambió la poesía por el activismo y con el grito de “¡estamos hasta la madre!” convocó a la sociedad a una movilización nacional para exigir a las autoridades cambiar la política de seguridad y frenar la violencia. “En cada plaza del país debe haber una memoria de nuestros muertos en esta guerra imbécil, una memoria de nuestro holocausto”, dijo, antes de emprender una caminata de 80 kilómetros a la Ciudad de México.

Inspirada en la Marcha de la Sal, que en 1930 lideró en la India Mahatma Gandhi, la “Caminata del silencio” como le llamó el poeta, salió de Cuernavaca el 5 de mayo. Al frente iban Sicilia y Le Barón, cargando una bandera de México. En la marcha se fueron sumando padres y madres que llegaron desde Tijuana, Ciudad Juárez, Acapulco o Cancún, con el mismo objetivo: pedir justicia para sus hijos. Caminaron el primer día 21 kilómetros de subida, sobre el asfalto ardiente. Más que protesta, parecía una procesión. “El silencio es un arma muy poderosa, que permite decir lo indecible”, me explicó en una parada el historiador y activista por la paz, Pietro Ameglio Patella, amigo personal del poeta.

En Coajomulco, la primera pernocta, los pobladores entregaron a Sicilia un cuilote, el tronco de la flor del maguey, símbolo de la resistencia de ese pueblo indígena. Al día siguiente, en la plaza de Topilejo, el poeta escuchó por primera vez el testimonio de Nepomuceno Moreno, el sonoreense de grueso mostacho y cabello cano, que levantaba lo más alto que podía su estandarte para que todos lo vieran. Cuando acabó de hablar, el poeta lo abrazó. Lloraron.

“NO ESTÁN SOLOS”

Instantánea del domingo 8 de mayo de 2011: después de andar cuatro días, llegamos al Zócalo con tres horas de retraso. La marcha se alarga aún más en la última parte, cuando Sicilia y los miles de seguidores intentan entrar por una estrecha calle a la plaza, que se convierte en cuello de botella con empujones, jaloneos, arañazos y patadas entre periodistas y activistas.

“Son unos irresponsables, debieron hacer una valla antes de llegar aquí”, reclama un camarógrafo a un sudoroso hombre que forma parte del cordón de seguridad.

“Sí, pero nosotros no somos políticos, mano, somos sociedad civil. Ustedes mejor ayuden y ¡háganse a un lado!”, responde con enfado el aludido, justo cuando la burbuja de protección se rompe y caemos aplastados sobre Sicilia, Le Barón y el sacerdote Alejandro Solalinde, reconocido defensor de migrantes que se sumó a la marcha hacía unas horas. Sobre mi cabeza veo al dominico Miguel Concha, septuagenario defensor de derechos humanos, como si estuviera en un *slam*. Algunos desfallecen y son rescatados. Por fin, despeinado y

casi sin lentes, Javier Sicilia sube al estrado y comienza a repartir gritos, furioso por el caos.

“Nos rebasó la cantidad de gente. Nunca esperamos lo que pasó”, me dice, meses después, Gerardo Gómez, el hombre del cordón de seguridad, profesor de medicina naturista.

El llamado del poeta despierta el ímpetu de una sociedad civil agotada. Había dado fuertes batallas en 2006, el último año del gobierno de ocurrencias de la pareja presidencial de Vicente Fox y Martha Sahagún que llevó al país al filo de la gobernabilidad. Pero la falta de respuestas institucionales a las demandas consumió las reservas de la resistencia organizada.

¿Cuántos son ahora? Imposible saberlo. El Zócalo se llena varias veces, ante el retraso de la caravana, el calor y el mal sonido, muchos se van, dejando paso a otros que van y vienen mientras decenas de víctimas suben al templete a contar su dolor por primera vez.

Una mujer denuncia que por exigir justicia por la violación de su hija con discapacidad, el procurador de Jalisco la amenazó. Un padre cuenta que su hijo fue secuestrado en Monterrey, a donde fue a estudiar. Una abuela pide ayuda para encontrar a su nieto desaparecido en Reynosa. Otra joven afirma que su esposo y 11 compañeros de trabajo —todos vendedores de pintura— desaparecieron en Piedras Negras, después de ser detenidos por policías judiciales. Silvia Escalera, esposa del empresario Nelson Vargas, clama a los secuestradores y asesinos de su hija: “gánense un poco de perdón y devuelvan los cuerpos, regresen a los vivos”.

Durante varias horas se hilan más de 70 testimonios de dolor y de rabia, interrumpidos cuando llegan los caminantes de Cuernavaca.

No es poco lo que se mueve este 8 de mayo. Desde una pequeña montaña de asfalto, mucho antes de llegar al Zócalo, se ven en la Ciudad de México dos marchas multitudinarias, ambas extendidas hasta el horizonte: la que va detrás de Sicilia y la que va al frente, los que se adelantaron. En distintos puntos del camino la gente espera para aplaudir, llorar, solidarizarse con el padre que sufre, para mostrar su propio coraje.

Pie con pie avanzan los familiares de personas asesinadas o desaparecidas en la guerra calderonista, los activistas orgánicos, los sacerdotes progresistas, las madres de mujeres asesinadas o desaparecidas en Ciudad Juárez, los campesinos de Atenco que sufrieron una represión policial que dejó dos muertos y 27 mujeres violadas, la Policía Comunitaria de Guerrero, los indígenas purépechas de Cherán que se atrinchero para defenderse, los huicholes que se oponen a una minera en su tierra sagrada, las reservas del otrora poderoso Sindicato Mexicano de Electricistas, los migrantes, los padres de los 49 niños calcinados en la guardería ABC, los activistas tuiteros, los estudiantes y los sobrevivientes de la masacre de 45 indígenas de Acteal.

La protesta se replica en 17 países y en 31 ciudades del país. La más numerosa es en San Cristóbal de las Casas donde se movilizaron 5 mil zapatistas, su primera reaparición pública desde 2006. “Estamos aquí para decirles a esas buenas personas que en silencio caminan que no están solos. Que escuchamos el dolor de su silencio como antes la digna rabia de sus palabras”, dice el comandante David, quien lee el comunicado del grupo rebelde.

En el Zócalo, la activista juarense, Olga Reyes, quien carga a cuestas el asesinato de seis familiares, y Patricia Duarte,

madre de Andrés Alonso, víctima de la negligencia en la Guardería ABC, leen un documento político redactado por académicos y dirigentes de organizaciones cercanos a Sicilia, como el expresidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, Emilio Álvarez Icaza.

El Pacto Nacional propone: 1) rescatar la memoria de las víctimas de la violencia; 2) cambiar la estrategia militar por una de seguridad ciudadana; 3) combatir la impunidad, corrupción y eliminar el fuero de los funcionarios; 4) combatir las finanzas del crimen; 5) recuperar el tejido social; 6) fortalecer la democracia participativa con plebiscito, candidaturas ciudadanas y revocación de mandato.

El poeta anuncia una caravana a Ciudad Juárez, “el epicentro del dolor”, para firmar el pacto y recoger testimonios de víctimas en ciudades azoladas por la violencia. En un impulso, sorprende a todos con la exigencia de la renuncia del secretario de Seguridad Pública Federal. La plaza responde con un grito inesperado: “Fuera Calderón”.

Al final del día me encuentro con Nepomuceno Moreno. Camina solo, con su inseparable cartel. Tiene el rostro colorado por el sol y anda apurado, debe conseguir dinero para regresar a Sonora. “Sí, valió la pena el viaje”, me alcanza a decir.

* * *

A pesar de la demanda de miles, Sicilia no encenderá las antorchas que anunció antes de salir de Cuernavaca. La gente se quedará esperando la desobediencia civil y refundación del país que anuncia en cada entrevista. En cambio, acepta los guiños del ejecutivo federal para dialogar.

“Javier no quiso romper con su vida pasada. Nadie lo puede criticar por eso, pero desde una óptica política fue un momento en el que no quiso asumir la dirección de algo mayor”, me dice, mucho tiempo después, Magdiel Sánchez, un joven filósofo de 27 años, y uno de los pilares del grupo durante el 2011.

La convivencia entre luchadores sociales, activistas y víctimas, no es sencilla. El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad —como finalmente se autonombra el colectivo— se construye sobre un entramado de intereses diversos, que no logran coincidir en agenda común.

Los primeros problemas surgen días después de la marcha al Zócalo. El académico John Ackerman y el grupo de caricaturistas que desde enero de 2011 impulsa la campaña “No más sangre” para frenar la violencia, rechazan cualquier diálogo con las autoridades y se bajan del barco caravanero. Eduardo Gallo, empresario convertido en activista desde el asesinato de su hija, en julio de 2000, y que acompañó a Sicilia en la caminata al DF, decide no seguirlo a Juárez porque no aprueba su estrategia. Otras organizaciones civiles de derechos humanos, se distanciarán progresivamente, tras cuestionar la verticalidad en la toma de decisiones, que se concentran en el equipo más cercano del poeta.

Hay otros, en cambio, que llegan para quedarse. Ciudadanos comunes, como Gerardo Gómez, quien fue maestro de Juanelo. Cuando supo del asesinato, se sumó a la caminata con su familia y a partir de entonces, toda ella es parte de la logística del movimiento.

“Muchos de los que nos integramos éramos ciudadanos que estábamos en nuestras casas y no teníamos ninguna ex-

perencia en esto —rememora. El día del Zócalo, la guardia de seguridad la formábamos mi esposa, mis hijas, mi hijo, amigos y unos estudiantes de la UNAM, con un listón”.

Otros son los padres y madres huérfanos de sus hijos que encuentran en sus pares una segunda familia. Eso une a personas tan distintas como el recio y malhablado camaronero de Sonora, y Teresa Carmona, una mujer menudita, que se distingue entre los otros porque siempre lleva una flor y una pancarta con la foto de su hijo Joaquín, asesinado en la Ciudad de México. Ella —como Nepo— se unió a la caravana del poeta desde lejos, Cancún, donde dejó atrás su vida.

LAS ALAS DE LA CARAVANA

Monterrey se vuelve un lugar de paradojas. Aquí no hay buenos ni malos. Todos se matan. Y todos lloran. Escuchamos a padres que denuncian a policías por desaparecer, torturar y matar a sus hijos. Entrevistamos a esposas o madres de policías desaparecidos.

La Caravana del Consuelo, así llamado el periplo de víctimas hacia el norte, pasa por aquí el 7 de junio de 2011, tres días después de arrancar del centro del país.

La parada previa, en Durango, fue catártica. Decenas de personas salieron a las calles a gritar de angustia ante la llegada de los 13 autobuses y 25 vehículos que forman la caravana. Muchos esperaron en la carretera. No alcanzaban las manos de los activistas para registrar las denuncias y las libretas de los periodistas se convirtieron en hojas de registro. Era la primera vez que hablaban en público; antes tuvieron que tragar-

se los secuestros, las extorsiones, los asesinatos, por el miedo a los delincuentes y a las autoridades. Todos lloramos esa noche. Hasta los conductores de los autobuses contaron las historias de terror vividas en las carreteras tomadas por criminales. Los decapitados en la Autopista del Sol, los retenes clandestinos, las extorsiones a transportistas, los “halcones” en las carreteras, el asesinato de un colega.

Desde la primera marcha convocada por el poeta, el 6 de abril, Sicilia ha sumado a su causa a cientos de víctimas que rompieron el silencio y han puesto al país frente a un espejo de horror. Ya no se le separa María Herrera, la mujer desgarrada por la pérdida de cuatro hijos que enmudeció la plaza de Morelia. No es la única. Cada testimonio tira por la borda la afirmación del presidente de que las muertes de civiles inocentes son el 5 por ciento.

“El 18 de abril no sólo asesinaron a un joven inocente, destruyeron a una familia”, responde en Monterrey el empresario lagunero Otilio Cantú, cuyo hijo fue asesinado por militares que luego pretendieron incriminarlo.

El mitin en la capital regia termina a la medianoche y el poeta anuncia una marcha a la Procuraduría de Justicia Estatal. El grupo camina por calles oscuras, seguido por nerviosos policías. Con los familiares entran a la reunión Javier Sicilia y Emilio Álvarez Icaza, gestor del encuentro. Los caravaneros se instalan en las escaleras. El encuentro se prolonga más de dos horas.

Afuera, el silbido de una flauta se mezcla con los tambores. Nicole y Meraly Gómez, dos niñas que viajan con sus padres, cantan su himno: “los caravanos llegaron ya/ y llegaron diciendo: basta ya/ basta ya, basta ya, basta ya/ no quere-

mos la guerra, sí la paz”. El Mimo Yayo, un payaso flacucho de pelo esponjado, anima un baile que terminará en pachanga. Veo al chihuahuense Julián Le Barón moviéndose al ritmo de “Guantanamera” y pienso que ya no importa lo ocurrido adentro. La historia está en esta rebelión al dolor y al miedo.

Porque después de llorar tanto, en esta madrugada regia sólo cabe la risa y esta imprudente irreverencia que nos llevó a caminar a medianoche por una de las ciudades más peligrosas del país. “Nosotros vamos a ganar porque a nuestro dolor ya le podemos agregar alegría. Y esas dos cosas juntas se llaman vida”, dice Le Barón al día siguiente, en un mitin en Torreón, ciudad con cientos de personas desaparecidas.

“¿Saben por qué estoy más seguro que nunca de que la vida le va a ganar a la muerte? Porque ayer en la noche, después de 2 mil kilómetros de camino, a esta caravana le salieron alas... ¿Dónde estaba el miedo anoche? La guerra se fue a dormir durante algunas horas. Que levante la mano el sicario que está entre nosotros ¿Nadie? ¿Algún secuestrador? Aunque lo hubiera no se atrevería a levantar la mano”, insiste.

Nepomuceno Moreno lo escucha atento, sentado en las gradas del teatro al aire libre donde se realiza el mitin. “Ese Le Barón es bueno, yo quisiera hablar así como él”, dice, en tono reflexivo.

LOS PIES DEL MOVIMIENTO

Siete días y 3 mil 400 kilómetros después de salir de la Ciudad de México, la caravana llega a Ciudad Juárez, donde cientos de personas salen a las calles para atestiguar el momento en el que Luz María Dávila le coloca un rosario al

poeta. La mujer es conocida porque después de que sus dos hijos fueron asesinados en una fiesta en Villas de Salvárcar, al poniente de la ciudad, encaró al presidente Calderón y le reclamó que los culpara de pandilleros. No fue la primera, ni la única vez que el mandatario culpa a las víctimas de su propia muerte.

Pero algo falla en Juárez. Las mesas de discusión, ideadas para definir la ruta estratégica de cada uno de los puntos del Pacto Nacional propuesto en el Zócalo el 8 de mayo, cuestionan la relación del movimiento con el presidente Calderón. La oportunidad que Sicilia da al diálogo con autoridades amenaza la ruptura.

En el larguísimo documento de trabajo de 70 puntos que se lee como relatoría este 10 de junio, pasa casi desapercibida la Ley de Víctimas, prioridad del movimiento, y se omite la tragedia de los desaparecidos. En cambio, los medios destacan la desmilitarización inmediata y el juicio político a Felipe Calderón, que luego Sicilia desmentirá.

Para atemperar los ánimos, Sicilia elige el poema “Ítaca” del griego Kavafis: “Ten siempre en tu mente a Ítaca/ La llegada allí es tu destino/ Pero no apresures tu viaje en absoluto”.

A partir de ahora, el movimiento de víctimas malabarea entre la movilización social que impulsan activistas como Pietro Ameglio o Miguel Álvarez Gándara, director de Servicios y Asesorías para la Paz (Serapaz), y el diálogo con el gobierno, que promueven académicos como Alvarez Icaza y Clara Jusidman, destacada investigadora de política social.

Sicilia explicará varias veces que ambas estrategias son los dos pies del Movimiento por la Paz y que éste avanza cuando

andan al mismo ritmo. Si uno va más de prisa, el esfuerzo “valdrá madre”.

Para bien y para mal, el poeta tiene siempre la última palabra. Y para muchos, el movimiento se convierte en el estado de ánimo de Javier Sicilia.

“No hay tiempo para construir un liderazgo colectivo. Y menos un relevo”, explica Carlos Cruz, director de Cauce Ciudadano, una de las organizaciones laicas más activas.

* * *

Después de Juárez, el grupo se concentra en preparar el diálogo propuesto por el presidente Calderón, que se programa para el 23 de junio en el Alcázar del Castillo de Chapultepec.

Es un encuentro insólito. De un lado, el poeta, el ranchero norteño que perdió a un hermano, la mujer que busca a cuatro hijos, la madre de un policía desaparecido, el representante del pueblo indígena acuartelado para defenderse y la madre de una joven asesinada en Juárez. Del otro, el presidente con su esposa y varios secretarios de Estado. No está el jefe del Ejército.

Nadie le ha dicho a un presidente de México lo que le dicen en cadena nacional quienes han enterrado a sus hijos, quienes no tienen una tumba donde llorar sus muertos, quienes no duermen por el miedo a ser asesinados. Aquellos a quienes llamó “bajas colaterales”.

Frente a la defensa apasionada de Calderón de la seguridad militar, Le Barón le recuerda que “la violencia no termina nunca con violencia” y le pide rectificar, para no ser “recordado como el presidente de los 40 mil muertos”. De paso, lo invita a unirse “sin máscaras y sin armas” a la Caravana por la Paz, que ahora —anuncia— irá al sur.

Los reclamos de los deudos pasan a segundo término cuando el poeta, en un gesto espontáneo, besa al presidente. Los reflectores cambian de objetivo, y la discusión pública de las próximas semanas estará en el beso, que para muchos es como el “beso de Judas”. Sicilia, hombre de profundas convicciones católicas, lo defenderá a partir del conspiratio, ese intercambio de alientos de la primera liturgia cristiana.

LOS PADRES TAMBIÉN BUSCAN

Nepomuceno Moreno llega apresurado al restaurante y se sienta en la mesa. Se ve animado. Lo acaban de entrevistar los de EmergenciaMX, un colectivo de jóvenes unido espontáneamente al movimiento para documentar las caravanas.

“Sí, estoy contento”, dice, mientras almuerza unos chilaquiles con bistec.

El local, en la carretera que cruza el pueblo de El Camarón, en Oaxaca, está casi vacío. Es el 13 de septiembre, cuarto día de la segunda caravana de víctimas, ahora rumbo al sur.

Mientras esperamos la cuenta, Nepo me muestra de nuevo las fotografías de su hijo. Es una manía. Como si al enseñarlas pudiera exorcizar su dolor.

Cuando las guarda le pregunto algo que hace días me da vueltas:

—¿Y su esposa, don Nepo?

—Ella no viene, esto le ha pegado mucho, a veces ni siquiera quiere salir de la cama.

Después de cinco meses de caminar junto a los deudos, el activismo de los padres es algo que llama la atención. Las

madres están y participan. Pero los padres son protagonistas. Es como si Sicilia, al mostrar su dolor, les hubiera dado permiso de llorar a otros padres.

Son varios los que buscan. El veracruzano Carlos Castro camina en las marchas con una enorme manta que muestra las fotografías de cuatro mujeres: su esposa, Josefina Campillo, sus dos hijas, Joana y Carla, y Araceli Utrera, trabajadora doméstica. “¡Regrésenme a mi familia!”, se lee. Un día volvió a casa y ellas habían desaparecido.

El neoleonés Roberto Galván busca a su hijo, Roberto Galván Llop, un ajedrecista de 33 años desaparecido en enero de 2011, tras ser detenido por policías. Identificado por su gran altura y trato amable, Galván no falla a una cita del movimiento y es, quizá, quien define con más claridad la importancia del movimiento de víctimas. “Antes de estar aquí, el expediente de mi hijo era una cuartilla. Ahora tiene más de 80. Todavía no encuentro a mi hijo, pero al menos, ya los puse a trabajar”, dice en Iguala.

Tampoco falla el mexiquense Melchor Flores, padre del artista ambulante Melchor Flores Hernández, El Vaquero Galáctico, detenido y desaparecido por policías municipales en Monterrey. Duerme en el suelo, come tortas de jamón y se baña con manguera en los espacios habilitados como dormitorios.

En los trayectos, Roberto Galván, Melchor Flores y Nepomuceno Moreno se han hecho amigos. El carácter franco del sonorenses, aficionado a los chistes “pelaos”, los hace reír en medio del dolor.

“El movimiento nos ha hecho fuertes”, me dice Nepo, en la parada de El Camarón.

“TAMBIÉN SOY VÍCTIMA”

Chiapas es clave para la organización de víctimas. Desde el alzamiento zapatista de 1994, no se había visto una actividad tan fuerte como ahora. En Ocosingo, el 16 de septiembre, fray Gonzalo Ituarte, heredero de la lucha de Samuel Ruiz, ofrece una ceremonia en tzotzil. En la víspera, en el Teatro de la Ciudad de San Cristóbal de las Casas se encontraron el dolor del norte, por la fiesta de sangre del sexenio, con el dolor del sur, por la violencia que provoca el abandono institucional.

Una comitiva de víctimas encabezada por Le Barón va a Acteal, la comunidad donde fueron masacrados 45 indígenas en diciembre de 1997. Otro grupo se quedó con Sicilia para encontrarse con la Junta de Buen Gobierno de Oventic. Nepomuceno Moreno está en este grupo y antes de entrar, cuenta la historia de su hijo desaparecido a los zapatistas que resguardan el acceso del caracol.

El sonorenses nunca imaginó conocer este otro México. Antes, los zapatistas eran unos encapuchados que veía en las noticias. Ahora, Nepo sale del encuentro impresionado por su dignidad y presume unas fotos: ellos con pasamontañas, él con su cartel.

Pero hay un ambiente extraño en esta caravana al sur. A medio camino, no es claro el objetivo de esta ruta. Y la cobertura mediática baja.

En Ciudad Hidalgo, Sicilia enfurece con las preguntas de dos reporteros. “Aquí a nadie se le trae a la fuerza; si les parece que somos majaderos pueden irse, nosotros no los invitamos”, les gritó ante las cámaras. La imagen será explotada

hasta el cansancio en la televisión. Sicilia necesita a los medios pero detesta que lo acosen. “No soy Lady Gaga”, reclamó una vez a los fotógrafos que lo perseguían como paparazzis.

Porque Sicilia no es sólo un padre que llora o un poeta que calla. Es un líder que no quiere ser líder de un movimiento político que no quiere ser político. “También soy víctima”, reclama constantemente.

LOS CARAVANEROS

La michoacana María Herrera organiza a los padres y madres para cantar a sus ausentes “Amor eterno”, de Juan Gabriel. Luego, adapta la letra de “La bella Lola” a su nueva vida. Todos cantan en el camión: “Y nosotros los caravaneros/ hemos hecho un barquito de ruedas/ pa’ luchar sobre la carretera/ pues ya no se puede vivir en la guerra”.

En el último asiento del autobús, Nepo repite a unos reporteros la recomendación que hace a quien lo entrevista: “cuando publiques de mi hijo, me mandas un correo. Y luego le escribes al gobernador de Sonora que ya sabes lo que pasó... ¿No se te olvida? Tal vez si ven que más gente sabe lo que pasó, me digan dónde está mi hijo”.

Antes de sumarse al movimiento ningún periodista en Sonora le hacía caso. Y después de varios meses de protestas en Hermosillo, hizo su propia encuesta para saber quién conocía del caso de su hijo. Nadie sabía nada.

Habla de las persecuciones y hostigamientos sufridos por exigir justicia. A su hijo mayor lo encarcelaron injustamente y su hija debió dejar su trabajo. Casi al final, confiesa un presentimiento:

“Dios no lo quiera, pero casi nunca me equivoco: me van a matar muy pronto”.

La plática se detiene mientras se limpia las lágrimas. Sabe que en este país exigir justicia puede ser condena de muerte.

“Páseme lo que me pase no voy a dejar de pelear... No es vida, te levantas y piensas. En todo el día no dejas de pensar... Yo ando con ellos todo el tiempo: en Hermosillo los traigo en el carro, los llevo a la misa, platico con ellos...” dice refiriéndose a los muchachos que lleva en el cartel. “Es muy duro, no lo deseo a nadie. Pero ahí voy a estar, no le hace, si me voy con él, pues no le hace”.

POESÍA Y FE

La base del Ángel de la Independencia, en la Ciudad de México, está convertida en camposanto. Cinco mil cruces, flores y veladoras cubren el símbolo de la nación mexicana independiente, en la tradicional fiesta de muertos. Desde esa velada lúdico-espiritual se escucha el canto de dos mujeres islámicas que anteceden a un pastor.

Lo que a continuación se ve en el Paseo de la Reforma podría ser un sueño buñuelista: el fondo de la escena es compartido entre el Ángel alado independentista y el corporativo bancario de HSBC. Ante el monumento, decenas de activistas hincados sobre el asfalto, mientras el sacerdote católico arriba del templete cambia el “líbranos de todo mal” por “líbranos del silencio cómplice”.

Las imágenes de este 31 de octubre de 2011 son posibles gracias a las Iglesias por la Paz, una especie de concilio ecuménico que ha acompañado las movilizaciones.

Si la figura de padre doliente de Sicilia explica la incorporación de otros como él, su abierto catolicismo reactivó el ánimo de grupos religiosos progresistas, que dan base organizativa a las caravanas por la paz y acompañan legalmente a las víctimas. Rápido nos acostumbramos a ver sotanas, cruces y escapularios, y es cotidiana la presencia de religiosos de la teología de la liberación.

Y hay una tercera dimensión del movimiento de víctimas ligada íntimamente a la personalidad de Sicilia: la artística.

“Este movimiento es de largo plazo, porque lo que se está buscando es una transformación profunda, que realmente toque los corazones de la gente”, asegura el actor Daniel Giménez Cacho, uno de sus principales aliados.

Las manifestaciones artísticas han acompañado a los caravaneros en su lucha por la justicia. Artistas anónimos o activistas solidarios repartieron grullas por la paz, pintaron de rojo sangre las fuentes, bordaron los nombres de los ausentes o colgaron muñecos de trapo, en representación a los asesinados del sexenio, en puentes de Montevideo y Barcelona. En cada plaza se leyeron poemas y se cantaron canciones.

En enero de 2012, el movimiento presentó la campaña “En los zapatos del otro”, una serie de spots donde reconocidos actores, como Giménez Cacho, prestan su rostro para dar el testimonio de alguna víctima. Entre ellos, el de Nepomuceno Moreno.

LA MULA BORRACHA

Este 28 de marzo de 2012, cuando se cumple un año del asesinato de Juan Francisco Sicilia, es un día de contrastes. En la

plaza, frente al Palacio de Gobierno de Morelos, Rocato Bablot, amigo y editor del poeta, preparó una larga jornada de actividades y los integrantes del movimiento lloran por los miles de asesinados y desaparecidos del sexenio; al otro extremo, decenas de personas pasean y ríen, ajenas a la desgracia y a la organización.

Sicilia hace un corte de caja: en un año, el movimiento realizó más de 75 acciones, que incluyen 16 caravanas, dos encuentros con el ejecutivo, uno con el legislativo y una audiencia ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Tiene presencia en 26 estados y otras 19 ciudades de 13 países, con acciones apoyadas por organizaciones civiles y colectivos locales e internacionales de actores, creadores, periodistas y documentalistas. Además, está en curso la Ley General de Víctimas y se prepara para agosto una caravana a Estados Unidos para demandar al gobierno de ese país un mayor control en el tráfico de armas.

“No dejaremos de caminar”, advierte el poeta.

Más que la numeralia, la principal virtud del movimiento fue poner en la agenda del país a las víctimas de la guerra. Romper su silencio. La movilización de los deudos colocó en el centro del debate la emergencia y volvió a movilizar a colectivos y ciudadanos que estaban aletargados. Ya no pudo —o no quiso— ir más lejos.

En febrero de 2012, Le Barón, quien había sido pilar del grupo, hizo pública su decisión de desvincularse del movimiento por considerar que abandonó el método efectivo de la movilización ciudadana y se convirtió en interlocutor de partidos políticos y gobiernos.

“Si juegas con alguien y nunca le puedes ganar porque siempre hace chapuzas o soborna a los árbitros, la solución es

no jugar”, explica el chihuahuense. “Exigirle a la autoridad es como darle latigazos a una mula muerta o borracha. No se mueve, porque no puede. Ellos (los gobernantes) son el problema”.

Otro que ya no seguirá después de este día es Magdiel Sánchez. “El movimiento optó por la gestión de los casos de las víctimas. Me parece limitado para el tamaño de la emergencia y para las propias expectativas que había generado, pero así se decidió”.

El problema, reconocen los propios integrantes del colectivo, es la falta de capacidad para atender el drama nacional. El propio Sicilia lo admite: en un año se registraron más de 700 casos, a 33 se les está dando seguimiento y sólo uno — el de él— está resuelto.

En el país no hay tregua. Desde el homicidio de Juanelo, se sumaron 12 mil asesinatos al sexenio de la muerte.

* * *

La última vez que vi a Nepomuceno Moreno fue en una reunión del movimiento por la paz, días después del segundo encuentro de las víctimas con Calderón.

Ese 14 de octubre de 2011, Nepo se acercó al presidente y, ante las cámaras de televisión, le entregó una copia del expediente de su hijo. “Por denunciar a las autoridades del estado de Sonora ahorita tengo a los soldados afuera de la casa”, le dijo, antes de mostrarle la fotografía de Jorge Mario. Calderón apenas la miró, y prometió revisar el asunto. No lo hizo. Y 45 días después, a plena luz del día y a unas cuadras del palacio de Gobierno de Sonora, le dispararon a quemarropa. Siete disparos cegaron su vida. Fue asesinado sin que llegara

la justicia para su Jorge Mario. Días antes había dicho que pensaba irse a Tijuana, porque habían arremetido las amenazas por sus denuncias.

Nepo no ha sido la única pérdida del movimiento por la paz. Después fueron asesinados Pedro Leyva y Trinidad de la Cruz, líderes campesinos de Santa María Ostula, en Michoacán. Los ecologistas Eva Alarcón y Marcial Bautista están desaparecidos. Ningún caso se ha resuelto.

Durante el casi año y medio que buscó a su hijo, Nepo repitió a quien quiso oírlo un pensamiento atribuido a Bertold Brecht: “Primero se llevaron a los judíos, pero como yo no era judío, no me importó. Después se llevaron a los comunistas, pero como yo no era comunista, tampoco me importó. Luego se llevaron a los obreros, pero como yo no era obrero tampoco me importó. Más tarde se llevaron a los intelectuales, pero como yo no era intelectual, tampoco me importó. Ahora vienen por mí, pero ya es demasiado tarde”.